

HÉCTOR FLORENCIO VARELA

Francisco Bilbao¹

Hace algunos meses que en Chile se despertó un movimiento popular que tenía por objeto repatriar las cenizas de Francisco Bilbao y alzar una estatua a su memoria. Este pensamiento encontró una acogida entusiasta. Las listas de suscripción afluían de las provincias, significando el interés de concurrir a la realización de esa idea. Reunidos los fondos, la asociación que encabezaba ese movimiento se dirigió a la familia de Bilbao que reside en Buenos Aires, pidiendo esos restos. La familia se negó por sentimientos fáciles de explicarse. Entonces la asociación decidió levantar el monumento en el paseo principal, ordenando al efecto la ejecución de la obra a personas competentes.²

Estos actos dieron margen a una polémica ardiente, la cual aún continúa. Los ultramontanos, que hicieron de Bilbao una víctima, no han querido que su memoria fuese honrada. Para el efecto lanzaron a la publicidad una obra escrita por D. Zorobabel Rodríguez, destinada a minar su reputación.

Esa obra encontró luego quien la redujese a polvo. Don Eduardo de la Barra, poeta que ha conquistado un nombre en el movimiento literario de la América, filósofo que sigue la marcha de la humanidad en sus últimos adelantos, espíritu analítico y valiente para combatir por la emancipación de los espíritus, salió a la palestra con una nueva obra, refutando la de los ultramontanos, vindicando a Bilbao y alzando victoriosa la bandera de los libres pensadores. Esta obra ha hecho tal efecto que Rodríguez no ha tenido cómo contestarla, y la prensa de Chile anunciaba que el clero se preparaba a acusarla.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *El Americano* de París, n°17, el 14 de julio de 1873, diario del cual Héctor F. Varela es el director, y reproducido en *Archivo Masónico*, n° 19, Santiago de Chile, 1° de noviembre de 2009, texto n° 9, de donde lo hemos tomado.

² Véase al respecto la carta de Fermín Vivaceta, reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

³ Referencia al artículo “Francisco Bilbao” de Augusto Orrego Luco, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

⁴ José María Torres Arce, *Los mártires del deber*. Imp. Militar, Santiago de Chile, 1872. En el diario *La Patria* de Valparaíso del 7 de septiembre de 1872, se lee la noticia de su lanzamiento: “*Los mártires del deber*. – Hemos recibido un ejemplar de esta novela, que ha publicado últimamente en Santiago don José María Torres Arce. / No es este el primer ensayo del señor Torres en tal género de obras. Hace tiempo vio a luz otra novela titulada: *Los amores de un esclavo* [Impr. de La República, Santiago de Chile, 1867], que obtuvo bastante aceptación. Es autor también de varios otros trabajos literarios, entre ellos de una preciosa composición poética titulada: “La derrota de Rancagua”. / Por eso, aunque no hemos tenido tiempo de leer su nuevo romance, no titubeamos en recomendarlo a los amantes de la literatura”. Una reseña de Rómulo Mandiola, originalmente publicada en el diario *El Independiente* del 29 de septiembre de 1872 (y reproducida en *Estudios de crítica literaria*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1968, pp. 57-67), la crítica así: “En *Los mártires del deber*, que no es sólo una novela de costumbres, sino una obra social y hasta de propaganda, se habla a cada paso de Dios. Y ¿qué significa esta palabra para el autor? Difícil si no imposible sería averiguarlo. Mientras que Camilo nos dice primero que Dios es la base de la geometría, y un poco después, que él no cree en

Barra no se ha encontrado solo. En la *Revista de Santiago*, Luco ha entrado a la vez a formar parte entre los defensores de Bilbao³; y D. José María Torres Arce ha adoptado el romance para difundir las doctrinas del hombre a quien el pasado quisiera relegar al olvido y la juventud trata de abrir las puertas de la inmortalidad. *Los mártires del deber* es la obra, y el protagonista de ella es Bilbao.⁴

Nació el 9 de enero de 1823 en la capital de Chile. Murió en Buenos Aires el 19 de febrero de 1865.

El retrato que acompañamos en el número de hoy, representa a Bilbao en sus últimos años. La vida de este hombre no es más que un celaje de luz que atravesó por entre los



nada. José Miguel dice a Cristobalina, como D'Alembert: La naturaleza es Dios. / Toda la obra de Torres Arce respira una misantropía y un escepticismo desgarrador. Parece no quedar ninguna creencia en aquella mente, ninguna esperanza en aquel corazón. Todo hace respirar ahí una atmósfera de hastio, de cansancio, de odio a la sociedad y a las creencias de la sociedad. / Desde las primeras páginas de la novela el autor se declara entusiasta admirador de la Revolución Francesa y admirador no menos entusiasta del libre examen, del pensamiento libre. Aprovecha de toda oportunidad para satirizar y escarnecer al cristianismo, al cual califica de 'una de las religiones más modernas', y anatematiza 'el furor, la crueldad y la fiera cólera de los partidarios de las diversas sectas, sobre todo de la católica romana'. Pone en boca de Camilo un panegírico estrepitoso de Bilbao, panegírico que prueba una vez más cuán por encima se conocen las doctrinas del racionalista chileno. Cuando Bilbao apareció, dice Torres Arce, 'la luz se hizo al fin, y aquella luz aterradora iba a penetrar por todas partes, a hacer caer todas las máscaras y hacer brillar todos los derechos. Bilbao habló, y las tinieblas que habían amontonado la mentira y la maldad, comenzaron a disiparse'. / Todo esto es ridículo. Ya no hay siquiera posibilidad de engañar con vanas declamaciones y con agilidad de voz a quienes conocen un poco la historia, ni a quienes no han perdido el uso de la razón. / Ni valen más las prédicas en favor de ciertas teorías que, en vez de elevar el alma y fortificarla, la aplastan y la afeminan. [...] Torres Arce escribe visiblemente bajo la influencia de las obras de V. Hugo y principalmente de *Los miserables*. Por eso de su última obra puede decirse lo que el barón de Bonald decía de la del autor de *Notre Dame*, a saber: que destila hiel y veneno para la sociedad. / Hemos dicho que el estilo de Torres Arce es elegante y correcto y sus mismas buenas cualidades son un verdadero daño. El autor no es uno de esos ignorantes embadurnadores de papel que no saben otra cosa que gritar como unos energúmenos, y he aquí por qué conviene atacar las teorías que predica, teorías de desaliento, de misantropía, de muerte”.

hombres, dejando en su rápida carrera una estela tras de la cual marcha hoy una gran parte de la juventud americana.

Dotado por la naturaleza de un cuerpo delicado y bello, su alma se traspantaba en su fisonomía franca y enérgica, en sus ojos color cielo, sombreados por largas pestañas negras, en su cabello abundante cuyas ondas vigorosas servían de marco para hacer resaltar una frente prominente y el color alabastrino encarnado de su cutis.

Durante sus primeros años, la fisonomía de Bilbao era la de un ángel. Después, con los sufrimientos, adquirió el ceño melancólico y resuelto del ser que se siente destinado a apurar la última gota del cáliz dando testimonio de la verdad y de la fe de sus convicciones.

Hijo de un hombre que figuraba en las filas de los liberales de Chile, su entrada al mundo le encontró presenciando la prisión de su padre. A los once años de edad salía de su patria acompañando al autor de sus días al destierro. Cinco años más tarde volvía al lugar de su nacimiento.

Su amor al estudio era tan marcado, que había necesidad de esconderle los libros para salvarle de ataques al cerebro.

En 1842 se inició en Chile un despertamiento intelectual que agitó a la juventud con pasión. Al formarse sociedades literarias, se fundaron publicaciones amenas. La monotonía de la sociedad colonial de Santiago fue interrumpida por el giro que la educación y la instrucción daban a los espíritus.

Bilbao seguía ese movimiento, dedicando sus vigias a investigaciones metafísicas, tratando de darse cuenta de los más arduos problemas que miran al hombre en sus relaciones con la humanidad, con la patria y con la inmortalidad. La lectura de las obras de Kant, Leibnitz, Lamennais, Cousin, eran para él de un aliciente irresistible. Espíritu observador, eminentemente filosófico, no tardó en ponerse en situación de darse cuenta de las creencias que tenía y de la situación social de su patria.

Fruto primero de su inteligencia investigadora, que busca la verdad con la antorcha de la razón, fue su escrito titulado: *Sociabilidad Chilena*, que vio la luz en 1844. En ese escrito combatió los dogmas del catolicismo, el feudalismo latente que servía de almacén a aquella sociedad, los vicios orgánicos, como consecuencias de la educación colonial y católica, acabando por estigmatizar la marcha política que el país seguía.

La sociedad de Chile recibió aquella expansión de un espíritu libre, como si fuera un terremoto que derribaba creencias y cuanto servía de vínculo a su estabilidad. El clero se puso al frente

de la persecución. Le hizo acusar ante un jurado por órgano fiscal. A Bilbao se le prohibió la defensa y se le condenó por blasfemo, inmoral y sedicioso a pagar una multa de 1.200 pesos fuertes.⁵

El pueblo, que asistía a aquel juicio, adivinó en Bilbao un apóstol de sus derechos, y se apresuró a pagar en el acto la multa para sacarlo en seguida victorioso por las calles al estrépito de aclamaciones populares, que por primera vez se oían: ¡abajo el fanatismo! ¡viva la libertad del pensamiento!

Pero este triunfo moral no hacía sino encender más la persecución de los ultramontanos. Bilbao tenía apenas 21 años de edad. Fue expulsado de los colegios, proscrito de toda ocupación. El escrito quemado por la mano del verdugo.

Sus padres lo enviaron a Europa en 1845.⁶ En París se relacionó con Lamennais, Michelet y Quinet. Los tomó por maestros y los maestros tomaron al discípulo por hijo. Cinco años demoró en Europa, recorriendo en las vacaciones las principales ciudades. Encontróse en la revolución de 1848 al lado de Quinet, que mandaba un regimiento de nacionales en las sangrientas jornadas de junio.

Con el espíritu enriquecido regresó a su patria, resuelto a trabajar por la regeneración social. Comenzaba el año 1850 y con él una lucha terrible de los partidos políticos. Bilbao fue bien acogido por todos y cada bando deseaba incorporarlo en sus filas. Él se contrajo a estudiar la situación, y de ese estudio comprendió que la política no cambiaría la sociabilidad chilena. Apartose de esas corrientes y tomando un rumbo nuevo fundó la “Sociedad de la Igualdad”, con el objeto de educar a las masas en el conocimiento de sus derechos, moralizarlas y emanciparlas del proletariado, de la ignorancia y de sus creencias, a fin de que cada hombre fuese soberano por el ejercicio de su razón. Esa sociedad atrajo a los salones en que funcionaba tal concurrencia, que llegó día en el cual se contaban en sus filas más de 4.000 individuos.

La tormenta política rugía a su alrededor con fuerza y Bilbao seguía su marcha sin prestar oídos a los partidos. Las tentativas para apoderarse de ese centro de fuerza fracasaron, pero el gobierno temió y se propuso disolverla. Comenzó por hacerla atacar por soldados de la escolta disfrazados. El ataque fue repelido. Entonces declaró la ciudad en estado de sitio, y mandó cerrar las puertas de la Sociedad y perseguir a sus miembros.

Estas hostilidades obligaron a Bilbao a entrar en la política y a conspirar. Entró en la revolución del 20 de abril de 1851, y se batió con heroísmo hasta ser vencido por la tropa de línea.

⁵ Acusado por blasfemia, inmoralidad y sedición, fue condenado en tercer grado por inmoralidad y blasfemia, impidiéndole el jurado defenderse por esta última causa.

⁶ Se embarcó desde Valparaíso el 6 de octubre de 1844, y llegó a París, según Manuel Bilbao, el 24 de febrero de 1845.

Sentenciado a muerte escapó y emigró a la capital del Perú. Es desde esa fecha que Bilbao no volvió más a su patria.

En Lima se encontró con un gobierno corrupto, con una sociabilidad parecida a la de su patria y además con la esclavitud de los negros. Abrió campaña a estos males. Organizó una asociación y entró con abnegación a la pelea. Pero el presidente Echenique mandó cerrar la Sociedad y poner en prisión a Bilbao. Asilado en la legación francesa, Echenique le llamó a una conferencia, en la cual trató de persuadirle abandonase su propaganda. No pudiendo conseguirlo, le intimó la salida del país o que se abstuviese de militar en la política. Bilbao, pobre, sin tener a donde ir, esperando un cambio en su patria, se comprometió a no tomar parte en la política militante.

Pero esta tregua no debía durar largo tiempo. La opinión se sublevó contra Echenique y la primera medida que adoptó fue expulsar a Bilbao al Ecuador. El compromiso quedaba roto, y desde ese momento el proscrito de dos países se alistó entre los revolucionarios del Perú. Escribió tremendos panfletos [en Guayaquil] que circulaban profusamente en Lima, y alistaban los elementos para expediciones que salían en protección de la revolución, hasta que después de seis meses, siendo intolerable la situación, se embarcó de incógnito y se fue a Lima a obrar más activamente.

La revolución avanzaba de los departamentos a la capital, y cuando el ejército se encontraba próximo y tenía cerrado el paso por las fuerzas de Echenique, Bilbao concibió sublevar a Lima a espaldas de su presidente. El 5 de enero de 1854, salía de su escondite acompañado de algunos correligionarios y atacó la torre de San Pedro hasta tomarla. De allí se dio el toque de alarma y el pueblo salió en tropel hacia el punto de la llamada. De allí Bilbao lo llevó a la plaza y atacó la casa de gobierno hasta tomarla y derrotar a mil soldados de línea que la defendían. Armado el pueblo voló las murallas, y allí se encontró las fuerzas vencedoras que venían de los departamentos y las que salían de Lima.

Triunfante la revolución, el jefe de ella, general Castilla, convocó una Convención para constituir el país. La esclavitud de los negros había desaparecido y a la vez el tributo impuesto a los indígenas. Había llegado el momento de la reforma. Bilbao se apresuró entonces a presentar las bases de ella. Dio a luz varios folletos en que hería de frente al catolicismo, invocando la abolición de las religiones de Estado.⁷ El ultramontanismo se sintió herido. Renunció a la discusión y apeló a las leyes restrictivas de la colonia para perseguirle como hereje. Acusado por el fiscal, fue puesto

⁷ Alusión a *El gobierno de la Libertad* (Lima, 1855) y la polémica posterior que suscitó.

Bilbao en la cárcel de la Inquisición. De allí salió con grandes dificultades y tuvo que marcharse a Europa por la inseguridad que rodeaba su existencia.

Dejó a Lima y volvió de nuevo en 1855 a buscar a sus amigos y maestros que dejara en París. La Francia de 1848 encuentra entonces en poder de Napoleón III. Los hombres que amara, en el destierro; Lamennais, muerto. Visitó a todos, lloró sobre la fosa de su maestro y le consagró un recuerdo en una obra que explica el significado de ese genio en la civilización moderna.⁸ Se apercibió del peligro que corría la América del Sur, y formó una asociación ante la cual leyó el célebre discurso de la confederación de los Estados.⁹ De allí se marchó a Buenos Aires en donde a la sazón se habían reunido sus padres y hermanos, después de una larga peregrinación. Las puertas de Chile estaban cerradas.

En 1857 desembarcaba en la República Argentina. La agitaba una profunda división. Era el momento en que luchaba por reconstruirse. Sin abanderizarse en partido alguno, alzó por bandera la necesidad de establecer la unión nacional bajo la base de la federación. Sin conocer a los hombres, creyó en la sinceridad del general Urquiza, y se extravió al verse envuelto en la revolución. De su error salió pronto y se apartó de los partidos.

Dedicose entonces a crear una escuela racionalista. Publicó sus mejores obras y pronunció sus más profundos discursos. Combatió la invasión a México y al Pacífico.

En esos momentos su espíritu luchaba contra la falta de fuerzas físicas. Una enfermedad incurable le precipitaba al sepulcro. Por salvar a una señora que se arrojó al río, una de las arterias del pulmón izquierdo se relajó. Esa era la enfermedad. Habíase casado con una señora, de la cual tuvo un hijo que murió. Sus últimos días fueron consagrados a mantener una existencia que se iba.

Sin renegar un momento de sus principios, conservando una entereza de ánimo que asombró a todos, al fin tuvo que abandonar la tierra. Su muerte fue llorada por la juventud y sentida como una desgracia irreparable.

Bilbao ha sido el *iniciador* del racionalismo en América. Su existencia la consagró a la emancipación de los espíritus, combatiendo el catolicismo y el despotismo político. La soberanía de la razón como autoridad de autoridades, era su base de partida.

Su vida fue intachable, pública y privadamente. El deber para con Dios, la humanidad y la patria, su religión. Ha dejado numerosas obras que enseñan lo que practicó en vida: el sacrificio en defensa del derecho.

⁸ *Lamennais como representante del dualismo de la civilización moderna*. Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, París, 1° de febrero de 1856.

⁹ *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*. Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, París, 24 de junio de 1856.